

BOLIVAR

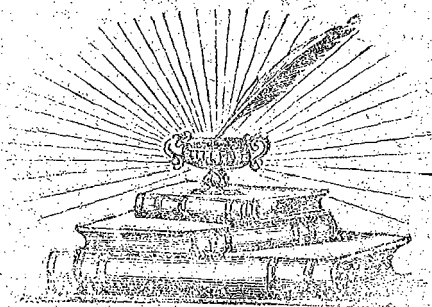
(^{en forma de} ley. el 24 de Jul. de 1833 y m. en ^{Presidencia} 1832)

CONSIDERADO COMO ORADOR

DISCURSO

LEIDO POR EL DOR. DON JULIO CASTRO,

en la sesión pública que, en celebración del Centenario del Libertador, tuvo la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Española, el 25 de Julio de 1883.



QUITO.

Fundición de tipos de M. Rivadeneira.

1883.

Señores Académicos:

F AVORECIDO por vosotros con la honrosa comisión de escribir el discurso académico con que habéis resuelto solemnizar el centenario de Bolívar, vengo á llamar vuestra atención hácia esa gran figura, que descuella, radiante y noble, en uno de los más grandiosos cuadros de la historia moderna: el de la guerra de la independencia sud-americana. Y al tratar del genio portentoso que el soplo vivificador de la libertad hizo brotar en el fecundo suelo colombiano, mi palabra debe parecer pálida y fría; pues, encerrado dentro de los límites del tema que me habéis impuesto, cual es el de considerar al guerrero como orador, esa palabra tiene de subordinarse á cierta parvedad de retóricos adornos, á cierta circunspección y mesura, que son propias de los trabajos académicos, y que os chocarán, acaso, en este soleune dia en que, á impulsos del más ferviente patriotismo, todo corazón late con tal vehemencia, cual si quisiera romper las paredes que le aprisionan.

PERO el ínclito guerrero es también insigne literato, y no es árida ni ingrata, por lo tanto, la tarea de conmemorar las envidiables glorias que alcanzó, como orador militar incomparable. Y luego, cada una de sus ardientes é inspiradas palabras se halla íntimamente entrelazada á algún episodio de la titánica guerra con que se enorgullece la América española y que constituye nuestra epopeya nacional. Así, por más que me esfuerce en presentar al héroe rodeado de una aureola puramente literaria, ésta proviene de los sublimes gritos de guerra que el soldado orador lanza entre el fragor de las batallas, y, por ende, una inevitable abstracción mental os lo presentará también blandiendo su refulgente espada y en indómito corcel que piafa y se encabrita sobre cascos rotos y corazas destrozadas.

PARA la gloria de Bolívar, como escritor, bastaría el sublime "Delirio sobre el Chimborazo", corta pero inspirada producción que formaría por sí sola el pedestal de la más encumbrada reputación literaria. Qisiera analizar las incomparables bellezas de tan brillante escrito; pero eso sería separarme del único objeto á que debe contraerse mi discurso. Me limito, pues, á recordar que Bolívar es tan guerrero como orador, y tan orador como poeta; porque el incansable ejercicio de sus múltiples facultades no basta á calmar la actividad devoradora de ese hombre portentoso, que así blan-

do la espada, como mancha la pluma, y usa de su palabra incomparable, siempre al servicio del noble fin que se habia impuesto, cual era la libertad de un mundo.

UN distinguido publicista francés dice: "Cuando la Providencia se digna escoger entre la multitud los varones extraordinarios que destina á cambiar la faz de las naciones, les comunica juntamente el poder material y el poder intelectual de la humanidad". Y así aconteció, en efecto, con Bolívar, exuberantemente dotado de facultades excepcionales, que habian de ser puestas al servicio de una obra portentosa, llevada luego á cima con inquebrantable constancia. Por eso es, á un mismo tiempo, guerrero indomable, escritor insigne, inspirado poeta y orador irresistible. Nada menos que esas múltiples facultades tenía de poseer el caudillo que acometiese la árdua empresa de libertar medio mundo, en las circunstancias en que la emprendió Bolívar.

ALGUNOS críticos discontentadizos, que quisieran medir las producciones del genio con el mezquino compás de los preceptos de la Retórica, encuentran demasiado pomposo el estilo oratorio de Bolívar; pero, señores, al torrente que impetuoso brota de lo alto de una montaña, prescribidle, si podeis, que siga su curso en curvas regulares, cual el arroyo que se arrastra en la llanura. Dejadle que brote rugiente, que se precipite en cascadas estrepitosas, que choque fragoroso con cuanto se le opon-

ga, que se rompa, que se hinche, que se desborde: no hace sino seguir el impulso de su propia naturaleza; cumple su ley providencial. No hay que buscar en las arengas de Bolívar las acompasadas notas del orador demostrativo. Pomposa como los bosques del Orinoco, que dieron militar albergue al soldado de la patria, tenía de ser la palabra de fuego con que anunciase á medio mundo la idea de su libertad, idea elevada cual las nevadas cimas de Bolivia, digna tribuna del gigantesco orador.

CON algunos guerreros ilustres acaece, á las veces, que, obligados por la fuerza de los acontecimientos á colgar su vibradora espada, y ávidos siempre de combates, que son el pasto de su alma batalladora y el aliento sin el cual se asfixiarían, pararán mientes en que las instituciones políticas de la patria les permiten, á lo menos, otro género de lucha: la parlamentaria. Y prepáranse á ella con extraordinario empeño; cordinan y arreglan sus frases en el retiro del gabinete; avaloran el efecto de cada período con cuidadoso esmero; y así preparados, se lanzan á esa nueva especie de lid, y en ella luchan y vencen, logrando colocarse en primera línea entre los oradores parlamentarios, como antes ocupaban su puesto de vanguardia entre los guerreros.

ASÍ el elocuente Foy, después de haber llevado el pabellón de la República y del Imperio por los ámbitos de Europa, escribe sus propios anales, cual

EL 2 DE MAYO DE 1866.

I.

Céese el canto de báquicos placeres,
No más deleite ni risueñas flores ;
Léjos, léjos, bellisimas mugeres,
Que aprisionais el alma con amores ;
La sangre de la viña, y el de Ceres
Regalado manjar, galas y olores
En el hogar que yazgan olvidados,
Hoy solo pisen el Perú soldados.

De venganza sediento el leon de España
Sacude amenazando la melena,
Y se avanza á quebrar la débil caña
Que á la orilla del mar duerme serena
Despreciando sus furias y su zaña:
Valparaiso infeliz, perla chilena,
Hasta esta playa alumbran tus fulgores,
Y en esta playa están tus vengadores.

Peruanos, empuñad la aguda lanza,
Llegada es la hora que el honor reclama,
Y á quien honor asiste todo alcanza,
Vuestros padres son esos que la fama
De proclamar titanes no se cansa :
De arbol fuerte fortísima es la rama ;
Y esos que hoy vienen de furor henchidos,
Son los mismos de ayer son sus vencidos !

II.

Horrisono el cañon retumba el suelo,
Y en medio de la niebla que se aumenta
Solo rójiza lumbre rasga el velo
Y el blanco para herir á ambos presenta ;
Atronando la muerte en raudo vuelo
Recorre el campo y á sus hijos cuenta ;
Sobre la una legion la otra perece,
Y más la furia y la matanza crece.

Rueda uno aquí la libertad vivando,
Herido aquel combate todavía,
Cae el otro á Bolivar invocando,
Por el mayor peligro hay más porfia !
Y el que espira, espira balbuciendo
Mil bendiciones á tan grato día :
Hoy nadie en las proezas es segundo,
Cada uno puede conquistar un mundo !

Y dignos son tambien de esta jornada
Los heróicos y grandes castellanos,
Los hijos de Bailen, la renombrada,
Tornarán á su hogar cantando ufanos :
Ceder al invencible es gloria hallada,
Y sus contrarios son americanos.
Gloria al que lucha denodado y fuerte,
A ese no puede sojuzgar la muerte !

El mar á tanta furia es la barrera ;
La metralla no es arma de valientes,
Y brazo á brazo dominar quisiera
Cada uno de los fieros combatientes.
« La Blanca » á tierra abanza la primera
Arrojando veloz fuego á torrentes,
Todas se acercan más ¡ són españolas !
Y el aire es fuego y fuego son las olas !

El « Tumbes » es gorrion contra milanos !
Rápido avanza, retrocede, truena,
Insulta á los feroces castellanos ;
Y en la popa, en la proa, y en la entena
Entre el lino marcial de sus hermanos
La bandera del Sol ondea serena :
Ante el honor la fuerza es impotente,
Y el arte nada, nada ante el valiente.

No hay descanso, se lucha en toda parte ;
Brotan héroes por cientos y millares
En la playa, en el muelle, en el baluarte ;
Aun la mujer dejando los hogares
La espada esgrime del sangriento Marto ;
E himnos sagrados de los patrios lares,
Y voz de destruccion, gritos de guerra,
Solo repite por doquier la tierra !

De la Merced la torre ponderosa
Ciembrá naves funeral en las quebranto ;
Del cimientó conmuevese espantosa,
Muerte difunde por doquier y espanto ;
Y ontre sus ruinas yace sepultada
La ardiente juventud del Perú encanto,
Y Gálvez, el patriota, el denodado,
Y el magnánimo Borda, el gran soldado !

¡ A su ruina vacila la victoria!
No, que el estrago la venganza aumenta
Y aspiran todos á morir con gloria!
El furor crece, y en la mar, sangrienta,
Va dejando su huella transitoria
La « Villa de Madrid », libre de afronta;
Y semeja en remolque, sin pabesa,
Por buitres arrastrada débil presa.

Más el valor cruolece la batalla,
Más acortan las naves la distancia,
Los pechos son al enemigo balla,
Sigue en la lid la muerte á la constancia
Y es su alado ministro la metralla;
Pero es ya alcon herido la « Numancia, »
Y con heridas cien la « Berenguela »
En pos de salvacion rápida vuela!

III.

Venció la union ; oh pueblo soberano!
No más las aguas de este mar, España
Vendrá á surcar, en su furor insano,
Para apagar la fiebre de su zaña;
No alcanza á herir al pueblo americano,
De su ruda ambicion la atroz guadaña;
Y si las Chinchas insultó traidora,
Lavó el insulto con su sangre ahora.

Con laureles ceñid y oliva hermosa
De las cuatro naciones la alta frente,
La de sus hijos sangre generosa
Aquí corrió mezclada en onda hirbiente;
Que en vuestra lucha grande, portentosa,
Lució la estrella hazañas de su gente,
É hizo hazañas la alpaca boliviana
Que en el conflicto perdonó á su hermana.

otro César; y asaltando luego la tribuna parlamentaria con el mismo denuedo con que antes asaltaba los reductos enemigos, encanta á su auditorio, y logra la insigne honra de que sus conciudadanos le califiquen como el primer orador de su época.

Así tambien el bravo Lamarque, proscrito y en tierra extraña, nutre convenientemente su espíritu con estudios tan profundos como variados, hasta que le es dado volver al suelo de la patria. Se lanza entonces ardoroso á la lid parlamentaria; combate en ella por las libertades públicas, cual antes combatiera por conquistar la intomable Caprea á vista de los atónitos napolitanos; obtiene envidiable renombre, como orador castizo y elegante; y por fin, cien mil ciudadanos le hacen dignos funerales, comenzando junto á su huesa la sangrienta lucha por esas mismas libertades públicas que la vehemente palabra del soldado orador habia arrancado al Poder.

BOLÍVAR no pertenece á esos elegantes artífices de la palabra, que, si bien son presentados como cumplidos modelos de bien hablar y de pureza y brillantez de estilo, la posteridad no tarda en calificar de meros rotóricos, olvidando pronto sus limados y artificiosos discursos, en tanto que graba con caracteres indelebles cada una de las pomposas é inflamadas frases de Napoleón, el orador militar que más se asemeja á Bolívar, por la naturaleza de su genio, el fuego devorante de su alma, la grandeza de sus aspiraciones y lo animado y vehemente

de su expresión. No me refiero al invicto Emperador, que se dirige á sus veteranos de cano vigote, hablándoles de las glorias de la Francia, identificadas con la suya. Me refiero al soldado de la República, que se dirige á sus jóvenes compañeros, hablándoles á nombre de la libertad, sentimiento cosmopolita ante el cual se borran los linderos, desaparecen las barreras, y los pueblos dejan de ser límites, para confundirse, en fraternal abrazo, como individuos de una sola familia: la humanidad. Por eso, lo mismo el soldado de Arcole y de las Pirámides, que el soldado de Carabobo y Junín, dan las primeras muestras de elocuencia militar, hablando á sus impetuosos camaradas del hambre, la desnudez y la fatiga, que han sido siempre el lote del guerrero republicano; y cuando el buen éxito ha coronado sus prodigiosos esfuerzos por la emancipación de un pueblo amigo, ninguno de los dos convida á sus huéspedes al reposo, á la sombra de los laureles cosechados; pues no puede haberlo mientras aparezca en lontananza algún otro pueblo que redimir. El uno señala á sus valientes lo alto de las pirámides de Egipto, desde las cuales "los contemplan cuarenta siglos"; y el otro recuerda á los suyos que "centenares de victorias alargan su vida hasta el término del mundo". El uno llama á Ney el "valiente entre los valientes", y á Massena "el hijo mimado de la victoria", como el otro denomina á Cedeño "el bravo de los bravos de Colombia", á Urdaneta "el más constante y sereno oficial del ejército", y á Rivas "el General sobre quien la adversi-

«nad nada puede». El uno manda encerrar en urna de plata el corazón de La Tour d' Aubergne, el primer granadero francés; y el otro quiere ser el propio conductor del corazón de Girardot, joven que sería el primer húsar de Colombia, si alguien pudiera serlo entre el puñado de bravos en que nadie consiente ser segundo.

DEMOS algunas muestras del estilo oratorio de Bolívar, poniendo orden á tan brillante materia, con lo cual, al escuchar la palabra de fuego del héroe republicano, no podréis menos de forjaros, en vuestra exitada imaginación y con extraordinaria magnificencia de forma y colorido, el asombroso panorama de la vida de ese joven soñador que, allá en la culta Europa, obscuro y desconocido, juró sobre el Monte Sacro consagrarse á la libertad de su patria.

Lo hizo, en efecto, comenzando su agitada vida de soldado de la libertad, á las órdenes de un ilustre venezolano que, por sus profundos conocimientos estratégicos, había tenido la insigne honra de comandar en jefe un ejército francés, y de que su nombre quedase inscrito en el arco de triunfo que Francia levantó á sus más insignes guerreros. Pero fueron infructuosos los primeros esfuerzos de la libertad naciente; conjuráronse contra ella hasta los elementos, y el feroz Monteverde tomó luego posesión de los escombros de la infeliz Caracas, devastada por un terremoto, para completar la hecatombe con la implacable cuchilla de soldados ebrios de san-

gre y sedientos de venganza. Todo parecía concluído para la causa de la libertad; pero en una provincia del vecino Virreinato, en la heroica Cartagena, tremola todavía un pabellón que los combinados esfuerzos de los gobernantes españoles no consiguen derribar; y allá corre el futuro libertador de América, y dice: "Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que, siempre fiel al sistema liberal y justo proclamado por mi patria, he venido á seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos Estados." Y después de narrar extendidamente las causas que motivaron el nuevo entronizamiento del despotismo colonial en el territorio de la patria, propone á los cartageneros la atrevida empresa de reconquistar el suelo venezolano. "El honor de la Nueva Granada, dice, exige imperiosamente escarmentar á los osados invasores, persiguiéndolos hasta sus últimos atrincheramientos, como su gloria depende de tomar á su cargo marchar á Venezuela, á libertar la cuna de la independencia colombiana". "Corramos, agrega, á romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación de vosotros: no burléis su confianza: no seáis insensibles á los lamentos de vuestros hermanos. Id veloces á vengar al muerto, á dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad á todos".

¡QUE orador y qué auditorio, señores! Un sol-

dado ardiente y animoso propone una empresa que, según el mismo, podía aparecer á primera vista como impracticable; y un puñado de austeros republicanos, no obstante saber que estaba minado su propio suelo por facciones intestinas, creen un deber patriótico alentar la audacia del joven guerrero, ofreciendo en aras de la patria sus vidas y propiedades. Los auxilios fueron otorgados, la audaz expedición quedó organizada, y desde ese momento comienza en las ardientes playas del Atlántico la maravillosa epopeya que debía terminar en las heladas cumbres del Potosí.

CUANDO con sobrehumano esfuerzo, y marchando de combate en combate y de victoria en victoria, llega por fin Bolívar al umbral de la patria, se dirige á sus invictos camaradas, y exclama: "Soldados del ejército de Cartagena y de la Unión!: vuestro valor ha salvado la patria, surcando los caudalosos rios del Magdalena y del Zulia: transitando por los páramos y las montañas: atravesando los desiertos: arrostrando la sed, el hambre, el insomnio: tomando las fortalezas de Tenerife, Guamal, Banco y puerto de Ocaña: combatiendo en los campos de Chiriguana, Alto de la Aguada, San Cayetano y Cúcuta: reconquistando cien lugares, cinco villas y seis ciudades, en las provincias de Santa Marta y Pamplona. En menos de dos meses habéis terminado dos campañas y comenzado una tercera, que empieza aquí y debe concluir en el país que me dió la vida. Vosotros, fieles republicanos, marcha-

réis á redimir la cuna de la independencia colombiana, como los cruzados libertaron á Jerusalén, cuna del cristianismo. . . . La América espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión. ¡No! Su confianza no es vana, y Venezuela bien pronto verá clavar vuestros estandartes en las fortalezas de Puertocabello y de la Guayra. Corred á colmaros de gloria, adquiriendoes el sublime renombre de libertadores de Venezuela”.

PARÉCEME escuchar la inflamada palabra de Napoleón, cuando se dirigía á las legiones republicanas del ejército de Italia, ora trazando el cuadro de sus padecimientos, ora enumerando sus victorias, ora exitándolas á no tener tregua ni reposo mientras hubiese pueblos que libertar. Pero ¡cuán diferente es el libertador del nuevo mundo del futuro dueño del mundo antiguo, en cuanto al móvil que cada cual pone en juego para excitar el ardimiento de sus soldados! Mientras el uno promete “conducirlos á ricas provincias y opulentas ciudades, donde hallarán gloria, honor, riquezas y abundancia,” el otro no les ofrece sine nuevas fatigas y el glorioso título de libertadores.

LA proclama dada por Bolívar al entrar en el territorio de Venezuela, me recuerda otra del mismo temple, dirigida después por Garibaldi á los voluntarios italianos. “Soldados, les dice: yo no ofrezco á cuantos quieran seguirme sino hambre, frío,

sol. Ni pan, ni cuartel, ni municiones; pero vigi-
lias continuadas, alertas, batallas, marchas forzadas
y cargas á la bayoneta. El que ame á la patria,
que me siga."

Y no otra cosa ofrece Bolívar á los suyos, cuan-
do, desde un apartado rincón del Táchira y á la ca-
beza de un puñado de guerreros de alma retempla-
da, su vista de águila abarca las andinas regiones,
y se propone nada menos que la libertad de todo
un mundo. ¡Qué gloria la del héroe, cuando, des-
de esas andinas cumbres, contempló después las tres
naciones que surgieron, merced al *fiat* poderoso de
su espada, y vió á sus invencibles huestes coro-
nadas con el inmarcesible lauro de libertadores,
que les prometiera allá en el lejano suelo de la
patria, al soñar en su grandiosa empresa!

AQUI corresponde recordar un terrible episodio
de la vida pública de Bolívar, episodio que, como to-
dos los de la magna lucha, ha sido ocasión y motivo
para que se desprendan admirables frases de los la-
bios del soldado orador: hablo de la guerra á muerte.

LA patria común colombiana, del uno al otro
confín, gemía, viendo caer las cabezas de sus más
ilustres hijos, entre el estruendo de incesantes y
arbitrarias ejecuciones militares; y el corazón mag-
nánimo de Bolívar se comprimía dolorosamente
con la idea de la necesidad de terribles represá-
lias. Quiso tentar los medios de evitarlas, y con

tal motivo, en una proclama fechada en Trujillo, traza con mano maestra los caracteres de ferocidad salvaje que había tomado la guerra, habla de la necesidad de un sacudimiento que exalte el vigor nacional, y concluye con esta terrible y sangrienta amenaza: “¡Españoles y canarios! contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. ¡Americanos! contad con la vida, aun cuando seáis culpables.”

Y dirigiéndose después á aquellos á quienes así amenazaba, les dice: “Un puñado de españoles y canarios pretende con demencia detener el veloz carro de nuestras victorias, guiado por la fortuna y sostenido por el valor de nuestros soldados granadinos y venezolanos. Las bandas enemigas desaparecen delante de nosotros, aun antes de presentarnos, porque tienen una espada exterminadora que la justicia del Cielo ha puesto en nuestras manos, para vengar la humanidad, que tan vilipendiosamente ha sido escarnecida en el suelo americano..... Por última vez, españoles y canarios, oíd la voz de la justicia y de la clemencia. Si preferís nuestra causa á la de los tiranos, seréis perdonados; y si persistís en ser nuestros enemigos, alejaos de nuestro país, ó preparaos á morir.”

PERO nada fué bastante para que cambiase de carácter la encarnizada lucha, y al fin Bolívar, obe-

decidiendo á la inexorable ley de la necesidad suprema, vióse obligado á repetir el terrible "nuestro odio será implacable y la guerra será á muerte," que había lanzado ya desde la ciudad de Mérida, y que luego resonó lúgubrementé del uno al otro extremo del conmevido suelo colombiano.

DOBLEMOS tan luctuosa página, que esa inexorable ley de la necesidad trazó, con sangrientos caracteres, en la historia de nuestra guerra magna. Los odios no han sido implacables, y hoy el español y el americano fraternizan, conmemorando como glorias comunes de una sola raza las de allende y aquende los mares; de esa raza cuyo idioma hablamos, cuyos apellidos tenemos, cuya religión profesamos, y cuyos defectos y cualidades nos son comunes; de esa raza que combatió durante ocho siglos contra las agarenas huestes, que venció á los vencedores de Europa, que allá tiene Zaragoza, como acá tiene Cartagenas, y que, á impulsos de idéntico sentimiento, produce allá los Daoiz, y los Velardes, como produce acá los Ricaurtes y los Girardot. Por eso, y así como, según la muy oportuna expresión de un distinguido literato, la España perdona al insurgente Olmedo, para engalanarse con el poeta, olvida también que Bolívar le hubo arrancado valiosísimos florones de su imperial diadema, y se acuerda únicamente que las glorias del héroe americano son glorias de su raza, como de su raza son las de los comuneros de Castilla, y de cuantos allá han combatido por la causa de la

libertad.

NUESTRO célebre Mejía, aquel cuya voz resonó con gloria tanta en las Cortes extraordinarias de Cádiz, en uno de esos brillantes movimientos oratorios que tan familiares le eran, pintaba la Monarquía española como un nuevo coloso de Rodas, con un pié en Europa y otro en América. “Quitadle, decía, cualquiera de las dos bases que lo sustentan, y se hundirá en los abismos”. ¡No! Las partes componentes de la antigua España no se han hundido, y las de allá y las de acá andan á la par; siempre turbulentas ó ingobernables, es cierto; siempre de pronunciamiento en pronunciamiento, es verdad; pero también siempre camino del progreso, y siempre sacando saludable escarmiento de la historia de sus propias desventuras.

PERO las consideraciones sobre el aplacamiento de los antiguos odios me han llevado más allá de lo debido. Dispensadme, señores, esta imprescindible digresión, y vuelvo al tema de mi discurso.

CON la lanza siempre en el ristre y sin cesar de combatir, llega por fin Bolívar á la ciudad de su cuna, y el pueblo entusiasta y agradecido le confiere el envidiable título de LIBERTADOR; pero el ínclito guerrero, grande y modesto cual los héroes de la antigüedad, muestra con el dedo á sus bravos camaradas, y dice á la Asamblea venezolana: “He tenido, es verdad, el honor de conducir, en el campo

de batalla, soldados valientes, jefes impertérritos y peritos, bastantes por sí solos para haber realizado la empresa memorable que felizmente han terminado nuestras armas. V. SS. me aclaman Capitán General de los ejércitos y Libertador de Venezuela: título más glorioso y satisfactorio para mí que el cetro de todos los imperios de la tierra; pero V. SS. deben considerar que el Congreso de la Nueva Granada, el Mariscal de Campo José Félix Rivas, el Coronel Atanasio Girardot, el Comandante D'Eluyar, el Comandante Elías, y los demás oficiales y tropas son verdaderamente los ilustres libertadores. El Congreso de la Nueva Granada confió á mis débiles esfuerzos el restablecimiento de nuestra República. Yo he puesto de mi parte el celo: ningún peligro me ha detenido. Si ésto puede darme lugar entre los ciudadanos de nuestra nación, los felices resultados de la campaña que han dirigido mis órdenes son un digno galardón de estos servicios, que todos los soldados del ejército han prestado igualmente bajo las banderas republicanas".

¡QUE modestia la del héroe, después de tamaña empresa, y qué lección para los raquíticos pigmeos que después se han empinado afanosos por los ámbitos de las cinco repúblicas hijas de Bolívar, dándose, ellos mismos, pomposos y vanos títulos, ora por insignificantes servicios en pro de la libertad, ora por obra y gracia de los pronunciamientos! Bolívar acomete una prodigiosa empresa con

el puñado de valientes que puede allegar, merced al patriótico auxilio del Gobierno de Cartagena; y al arribar al patrio suelo, después de destruir sucesivamente, con valor inaudito, constancia inquebrantable y sin igual pericia, los cinco ejércitos que se le oponen, se manifiesta confuso y no comprende por qué se le concede algo más de mérito militar que á cualquier otro de sus compañeros. Ninguna recompensa mejor que las palabras de un hombre de talla tal, para esos bravos y altivos guerreros, cuyos caudillos, después de cien y cien actos de incomparable heroísmo, entran á la capital del pueblo por ellos libertado, con el modesto título militar de Comandantes, sin presumir que en lo futuro se había de vilipendiar la noble carrera de las armas, convirtiéndose en ruín comercio de encorchados.

EL estilo brillante y pomposo de las arengas y proclamas de Bolívar corresponde siempre á la grandiosidad de los asuntos que las han motivado, y nunca dejan de campear en ellas el atrevimiento de las imágenes y la sonoridad y galanura de la frase.

OÍDLE cuando, en Angostura, después de narrar con destreza suma las glorias y los reveses de la libertad naciente, dice á los venezolanos: "Formé una expedición de trescientos hombres, comparables en valor, patriotismo y virtud á los compañeros de Leonidas. Casi todos han muerto ya;

pero el ejército exterminador también ha muerto. Trescientos patriotas vinieron á destruir diez mil tiranos europeos, y lo han conseguido.....
 ¡Venezolanos! No echéis la vista sobre los sucesos pasados sino para horrorizaros de los escollos que os han destrozado; apartad vuestros ojos de los monumentos dolorosos que os recuerden vuestras crueles pérdidas; pensad sólo en lo que vais á hacer, y penetraos bien de que sois todos venezolanos, hijos de una misma patria, miembros de una misma sociedad y ciudadanos de una misma República. El clamor de Venezuela es libertad y paz; nuestras armas conquistarán la paz, y vuestra sabiduría nos dará la libertad.”

OÍDLE cuando, al dar cuenta de su conducta militar y gubernativa al Congreso reunido en esa misma ciudad de Angostura, dice: “No ha sido la época de la República, que he presidido, una mera tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular: ha sido, sí, el desarrollo de todos los elementos desorganizadores: ha sido, sí, la inundación de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela. Un hombre, ¡y un hombre como yo! ¿qué diques podía oponer al ímpetu de estas devastaciones? En medio de este piélago de angustias, no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario, que me arrebató como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal”. Devorante debió ser, señores, la sed de hacer el bien, que sentía el alma impaciente de

ese guerrero que así se expresaba, después de haber hecho que la República, cual otro Fénix, renaciese por tercera vez de sus propias cenizas.

OÍDLE cuando, después de atravesar el territorio de Venezuela con el ímpetu irresistible de una avenida, entra á la capital del Virreynato, y dice á los granadinos: “Desde los campos de Venezuela el grito de vuestras aflicciones penetró en mis oídos, y he volado por tercera vez con el ejército libertador. . . . La victoria, marchando siempre delante de nuestras banderas, nos ha sido fiel en vuestro país, y dos veces vuestra capital nos ha visto triunfantes. En ésta, como en las otras, yo no he venido ni en busca del poder ni de la gloria. Mi ambición no ha sido sino la de libraros de los horribles tormentos que os hacían sufrir vuestros enemigos, y restituiros al goce de vuestros derechos, para que instituyáis un gobierno de vuestra espontánea elección”.

OÍDLE, en fin, cuando, obligado á marchar otra vez para contener y escausar una nueva expedición liberticida, exclama desde Pamplona: “El enemigo ha invadido vuestro territorio: nada temáis. El ángel de la victoria ha guiado vuestros pasos desde los mares que inunda el Orinoco hasta los Andes, fuentes del Cauca y costas del Pacífico. Quince provincias libertadas por nuestras armas muestran al mundo los prodigios del valor de quien lidia por la libertad. Trescientos solda-

dos libertadores han arrancado á más de treinta mil tiranos la más bella porción del continente moderno. Ahora que muchos millares siguen las sagradas banderas de la justicia, de la razón y de la libertad, ¿Quién resistirá?"

PERO seguir paso á paso á Bolívar en su brillante carrera de orador militar, lo cual equivale á seguirle en su agitada vida de soldado libertador de cinco naciones, excedería de los límites de un trabajo cual el mío; Así, dejemos que los ecos de los Andes repitan las inspiradas y ardientes frases que de los labios del guerrero se escapaban, ora cuando proclamaba á sus indómitos soldados, excitándoles al combate, ora cuando se dirigía á los pueblos por cuya libertad lidiaba, ora cuando depositaba ante las asambleas populares los inmarcesibles laureles conquistados, ora cuando pugnaba con ellas para desprenderse de la abrumadora carga del poder, y quedar reducido únicamente á soldado de la libertad. Y saltando un largo período histórico, acaso el más fecundo y glorioso de la vida militar del héroe, trasladémosnos al sur de Colombia, á esta hermosa sección de la zona ecuatorial, donde más ha sido amado el egregio padre de la libertad americana, y donde más ferviente se conserva el culto debido á su imperecedera memoria. Por eso, mientras en el centro de la República se aguzaban puñales destinados á hundirse en el corazón generoso de Bolívar, y mientras los gobernantes de la propia patria del héroe le cerraban

ingratos las puertas de su empobrecido hogar; los hijos de Pichincha suplicaban al proscrito Libertador de Colombia, por medio de una sentida solicitud, que aceptase la hospitalidad del suelo ecuatoriano. “¡Exmo. Señor!, le decían: Los padres de familia del Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados de Venezuela se han avanzado á pedir que V. E. no pueda volver al país donde vió la luz primera; y es por esta razón que nos dirigimos á V. E., suplicándole se sirva elegir para su residencia esta tierra que le adora y admira sus virtudes. Venga V. E. á vivir en nuestros corazones, y á recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al genio de la América, al Libertador de un mundo. Venga V. E. á enjugar las lágrimas de los sensibles hijos del Ecuador, y á suspirar con ellos los males de la patria. Venga V. E., en fin, á tomar asiento en la cima del soberbio Chimborazo, á donde no alcanzan los tiros de la maledicencia, y á donde ningún mortal sinó Bolívar puede reposar con una gloria inefable”.

CON patriótico entusiasmo, señores, y con profundo y sincero enternecimiento he leído, una y otra y otra vez, un documento que tanto honra y enaltece á la hija de los Shiris. He recorrido con afán las firmas de los distinguidos ciudadanos que tan bien interpretaron el sentimiento nacional, y encuéntrome con un vasto padrón necrológico; pues apenas hay un solo sobreviviente, y ese es un achacoso anciano, que se halla arrinconado en su pobre hogar,

después de cincuenta años de leales y continuados servicios á su patria: el Dr. D. Manuel María Salazar.

¿Y quién de los ecuatorianos de la actual generación no sentirá noble orgullo, al ver que el suelo de la patria no se contaminó con la fiebre de ingratitude hacia su libertador, que la exaltación de las pasiones políticas desarrollara allá en el propio suelo en que se nació la cuna del héroe? Por eso no habrá quien de entre vosotros no hubiese recogido con patriótica avidez las tradiciones de familia relacionadas con las marchas triunfales del Padre de la patria al través del departamento colombiano del Ecuador. Por eso las glorias colombianas constituyen todavía el más poderoso encanto de las veladas del hogar, y nos descubrimos reverentes ante los cortos sobrantes de la magna guerra, que la inexorable guadaña del tiempo ha respetado. Por eso yo miro con religiosa veneración la mezquina morada donde se albergaba Bolívar, que fué siempre el huésped de mi padre, allá en un pobre cortijo oculto entre los repliegues del Mojanda, cada vez que el héroe pasaba por el sur de Colombia, con la frente cargada de laureles y en pos de nuevos pueblos que libertar.

ESCOJAMOS, pues, algunas palabras de entre las que brotaban del ardiente labio de Bolívar, cuando el suelo ecuatoriano estuvo favorecido con la presencia del ínclito guerrero.

SABIENDO que “los antiguos hijos del Sol, los bravos quiteños, le esperan con ansia mortal”, como se expresa en una de sus más ardientes é inspiradas proclamas, se dirige á ellos desde las apartadas regiones de Cúcuta, y les dice: “El hierro de vuestras cadenas hiere el corazón del ejército libertador”. Y luego, precipitándose cual si estubiese empujado por el huracán de los Llanos, aquel hombre extraordinario, cuya acción era tan rápida como la idea engendrada en su mente poderosa, no tarda en aparecer en Cali, donde esclama:

“¡COLOMBIANOS DEL SUR!

EL ejército libertador viene á traer os reposo y libertad.

¡CAUCANOS!

VUESTRA recompensa ha llegado. El heroísmo de vuestros sacrificios asegura para siempre vuestra dicha, y será el patrimonio de vuestros hijos el fruto de vuestra gloria.

¡PASTUSOS!

HABÉIS costado llanto, sangre, cadenas al Sur; pero Colombia olvida su dolor y se consuela acogiendo en su regazo maternal á sus desgraciados hijos. Para ella todos son inocentes; ninguno culpable. No la temáis, que sus armas son de custodia, no parricidas.

¡QUITEÑOS!

LA guardia colombiana dirige sus pasos hácia al antiguo templo del padre de la luz. Bien pronto veréis las huellas del iris siguiendo al ángel de la victoria”.

Y en efecto, intérnase Bolívar entre los angostos desfiladeros del Juanambú, lucha porfiadamente con indomables montañeses que acostumbran no soltar el fusil sino con el postrer aliento, y vence en la obstinada lucha, mientras el más renombrado de sus tenientes hace retemblar las cumbres del Pichincha con los ecos de una de las más gloriosas victorias que registran los anales de la patria.

Así Bolívar, al pisar el esplendoroso suelo de la región ecuatorial, que cuidaba de sembrarle siempre de flores su camino, pudo decir á los colombianos, como dijo lleno de patriótico regocijo: “Ya toda vuestra hermosa patria es libre. Las victorias de Bomboná y Pichincha han completado la obra de vuestro heroísmo. Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú, el ejército libertador, marchando en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia.—Colombianos del Sur. Regocijaos de pertenecer á una gran familia que ya reposa á la sombra de bosques de laureles, y que nada puede desear sino ver acelerarse la marcha del tiempo, para que desarrolle los principios eternos del bien que encierran nuestras

leyes".

Y luego, ante el Concejo Municipal de Quito, todavía palpitante con los recuerdos de Salinas, Quiroga y demás mártires de Agosto, exclama: "El gozo de Colombia ha llegado á su colmo, al recibir en su seno el pueblo de la República que levantó el primer estandarte de la ley, contra la usurpación extranjera. El acto angusto que tan espontáneamente hacen los representantes del pueblo de Quito, de reconocimiento, de adhesión y de amor á la República de Colombia, es para este pueblo un principio eterno de bien, y para Colombia un motivo eterno de gratitud hácia los primeros ciudadanos de la capital del sur. . . . Puede contar el Sur de Colombia con que las facultades ilimitadas que el Congreso general me ha confiado se extenderán ilimitadamente en beneficio de la tierra querida de la patria y de la última víctima del despotismo". Dignos eran de ser saludados con tan nobles y cortezanas frases aquellos "cuyos sentimientos no es posible expresar, por ser indescriptible el delirio de un pueblo embriagado con el gozo de poseer á su libertador". Así lo dice el Secretario de éste, en su comunicación oficial concerniente á tan trascendental suceso.

Y no eran palabras vanas las del Libertador de Colombia; pues aun entre el estruendo de la guerra, y no obstante la rapidez de su paso por la capital del sur, no se escapa á la penetrante mirada

del héroe estadista que la hija del Sol está guardada por cuatro paredes de montañas; y al momento aparece, como primer acto gubernativo, el establecimiento de un puerto y de un camino, que á él nos lleve y cuya apertura toma Colombia bajo su especial é inmediata protección. ¿Qué más podía hacerse en obsequio del Departamento del Ecuador que darle, para su adelanto moral, un gobernante como Sucre, y ordenar, para su adelanto material, la apertura de ese camino? Pero ese elemento de progreso moral ecuatoriano fue destruido en Berruecos por manos parricidas, y ese elemento de progreso material es todavía mero propósito, después que la Nación lleva medio siglo de vida independiente.

LAS manifestaciones de particular predilección por el noble y patriótico pueblo que tuvo la honra de levantar, el primero, el estandarte de la libertad, no fueron de vano oropel, ni de mera necesidad política para los documentos oficiales; pues, en la efusión confidencial de sus afectos, y en carta á los hermanos Toros, dice: "Este hermoso país, tan colombiano y tan patriota, que ninguno le excede en estos sentimientos, es bien fértil, poblado, y ofrece las más bellas esperanzas: formará el más grande departamento de Colombia, y el General Sucre, su libertador, lo mandará con el mayor aplauso de sus pueblos." Lo mismo repite en carta al General Escaloma; y luego, con la mente siempre fija en su adorada patria, de la

cual ten lejos estaba, sueña en una vida de tranquilidad y réposo, "á orillas del Lago de Valencia, sin Magistratura, sin facultades omnipotentes y con solo el oficio de amigo de Colombia."

¡PROYECTOS de reposo en Bolívar! ¿Podía tenerlos cuando á su devorante actividad se le ofrecían más pueblos que redimir? Era su destino marchar siempre, y cierta fuerza superior irresistible le gritaba sin cesar ¡adelante! Adelante marchó, pues, en pos de la perla del Pacífico, para que se contase entre las más valiosas joyas del tesoro colombiano, y las floridas márgenes del opulento Guayas se engalanaron aun más para recibir al egregio padre de la independencia sud-americana. En la patriota y altiva Guayaquil debían convinarse los medios de asegurar la independencia del antiguo imperio de los Incas, en cuyo sagrado suelo había de escribirse presto, con indestructibles caracteres, la última página de la epopeya americana, saludando á la libertad triunfante, allí donde los hijos de Manco saludaban al padre de la luz.

AL pisar el noble suelo de Olmedo, Jimena y Roca, y entre los arcos de triunfo con que se le recibió, titulándole "rayo de la guerra é iris de la paz", la voz de Bolívar se hace oír más que nunca inspirada y arrobadora. El soldado orador recuerda á los hijos de esas verdes y floridas vegas: "que las cimas de los montes se han humillado bajo las plan-

tas victoriosas del Ejército libertador"; recuérdalos para que mantengan incólumes sus glorias, que "la servidumbre tiene en sí tan prolijo y contagioso influjo, que sepulta el alma en tenebroso limbo, la degrada, la envilece y la transforma, para que ame la abyección y no sepa salir de la indolencia y de la barbarie"; les recuerda, en fin, que "han sido siempre colombianos de corazón, y que de tiempo inmemorial han pertenecido al territorio que tiene la dicha de llevar el nombre del padre del nuevo mundo". Olmedo, dice un ilustrado historiador, "estaba como absorto, seducido por el atractivo y la animada elocuencia de la improvisación del Libertador". ¿Y cómo no estarlo quien luego debía ser el Homero del nuevo Aquiles, legando á las futuras edades sublimes acentos, dignos del que cantó las glorias del hijo de Peleo?

HUBO entonces en Guayaquil la célebre entrevista entre el Libertador de Colombia y el Protector del Perú. ¡Qué hombres aquellos! Grandes, muy grandes fueron ambos; pero de grandeza de todo en todo diferente.

NO ha faltado un brillantísimo escritor que, con galana y opulenta frase, ha tratado de enaltecer la gloria del uno á costa de la del otro, sin parar mientes en que *la majestad del solitario y frío cono del Aconcagua nada tiene de común con la del ígneo Cotopaxi, que sacude las entrañas de las tierras tropicales con ruido aterrador.* Ambos guerreros estu-

vieron exuberantemente dotados de los atributos del genio, es verdad; pero el genio del uno hubo de inclinarse ante el del otro y cederle el puesto; por que el Protector del Perú, en las inescrutables profundidades de su mente serena y reflexiva, comprendió que la libertad naciente no quedaría asegurada sino cuando *el águila del Orinoco, todavía de pié en las frías mesetas de Potosí, batiese sus alas fatigadas, mirando con sus dos ojos al Pacífico y al Atlántico, cual si quisiera ir á posarse á la vez en los campos de Pudeto y de Ituzingó (*)*

“**N**os veremos, y presciento que la América no olvidará el día en que nos abracemos,” dijo el lacónico argentino. “Tan sensible me será que U. no venga, como si fuéramos vencidos en muchas batallas,” contestó el soldado orador. Y diéronse el fraternal abrazo; y fructífero fue éste más que cien combates; y la América lo consignó con extraordinario júbilo en sus anales; y el triunfo de la libertad se consideró desde entonces como irrevocablemente asegurado. ¿Cómo no estarlo, cuando los bravos de Maypo y Chacabuco, y los de Pichincha y Boyacá, debían formar un solo ejército, comandado por Bolívar, cuyas atrevidas concepciones militares tenían de ser realizadas por Tenientes como Sucre, Lamar, Córdova y Neccochea?

PERO no se hacía lo bastante con dar á Colom-

(*) Las frases puestas en bastardilla en este párrafo son del señor Vieüña Mickena, que es el brillante escritor á que me refiero.

bia y al Perú vida independiente, si al propio tiempo no se trataba de combinar con acierto las complicadas ruedas de la máquina administrativa. Y aquí resaltan otra vez las eminentes dotes del orador estadista cuya vista perspicaz penetra en las obscuras regiones de lo porvenir.

SANMARTÍN, partidario del sistema monárquico, desenvolvió ante Bolívar el lamentable cuadro de los elementos anárquicos que impedirían que las instituciones democráticas se arraigasen en América; pero Bolívar hizo, á su vez, la brillante reseña de los heroicos esfuerzos de los colombianos por conseguir que dichas instituciones se aclimatasen en el patrio suelo. "Jamás contribuiré, dijo, á trasladar al nuevo mundo los retoños de las viejas monarquías de Europa. Si tal cosa pretendiéramos, Colombia en masa me diría que me había hecho indigno del nombre de Libertador con que me han honrado mis compatriotas." "Ni nosotros, ni la generación que nos suceda, agregó, veremos el brillo de la República que estamos fundando. Yo considero á la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes. . . . No detengámos la marcha del género humano con instituciones que son exóticas, como he dicho á Ud., en la tierra virgen de la América."

¿Y es al que así se expresa á quién se han imputado después proyectos monárquicos y prodiritarias miras de personal ambición? ¿Y ha osado des-

pues la maledicencia señalar como enemigo de las instituciones democráticas al que así las defendía? ¡De que extrañas aberraciones es susceptible la mente ofuscada por la pasión!!

Y pues he traído á las mientes esa malhadada imputación que tanto acibaró los últimos instantes del Padre de la patria, corresponde aquí la inserción de un trozo del mejor y más elocuente de sus discursos, aunque de época diferente, aquel por el cual, con ocasión del juramento que prestara ante el Congreso de Cúcuta, como Presidente de Colombia, contrajo con la posteridad, y para su propia gloria, un solemne compromiso, que debió considerarse como seguridad bastante de que la libertad nunca podía estar amenazada por un Magistrado en cuyo corazón anidaban semejantes sentimientos. Hélo aquí.

“COMPLETADA esta obra de vuestra sabiduría y de mi celo, (habla de la libertad de los pueblos del Sur) nada más que la paz nos puede faltar para dar á Colombia dicha, reposo y gloria. Entonces, Señor, yo os ruego ardientemente no os mostreis sordo al clamor de mi conciencia y de mi honor, que me piden á grandes gritos que no sea más que ciudadano. Yo siento la necesidad de dejar el primer puesto de la República al que el pueblo señale, como á Jefe de su corazón. Yo soy el hijo de la guerra, el hombre que los combates han elevado á la magistratura: la fortuna me ha sostenido en es-

te rango, y la victoria lo ha confirmado. Pero no son estos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional. La espada que ha gobernado á Colombia no es la balanza de Astrea; es un azote del genio del mal, que algunas veces el Cielo deja caer á la tierra para castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada no puede servir de nada el día de la paz, y éste debe ser el último de mi poder; porque así lo he jurado para mí, porque lo he prometido á Colombia, y porque no puede haber República donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades. Un hombre como yo es ciudadano peligroso en un gobierno popular: es una amenaza inmediata á la soberanía nacional. Yo quiero ser ciudadano para ser libre, y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de libertador, porque éste emana de la guerra, aque- emana de las leyes. Cambiadme, Señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano”.

EL más olocuente de nuestros tribunos, el ardoroso Rocafuerte, al insertar en uno de sus brillantes escritos el discurso del cual he tomado el precedente trozo, dice, hirviendo en patriótico entusiasmo: “Aprended de un héroe americano, ¡Oh tiranos legítimos de Europa, el verdadero language de la virtud, de la razón y de la gloria”.

AL llegar á la última etapa de nuestra magna guerra, el acento del soldado orador se avigora aun.

más y toma cada vez nuevos bríos. Seguir paso á paso á Bolívar por los ámbitos del Imperio de los Incas, donde los ecos repiten todavía las grandilocuentes palabras del héroe, más que nunca rodeado de inmarcesible gloria, sería pasar los límites de lo permitido en los bocetos literarios de la naturaleza del mio; y para no ser difuso y pesado, me limitaré á citar unos cuantos trozos escogidos.

AL emprender su marcha al Perú, como Generalísimo de los ejércitos de las dos repúblicas, dice: "¡Soldados!: Vais á completar la obra más grande que el Cielo ha encargado á los hombres: la de salvar á un mundo entero de la esclavitud. Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates. El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo".

DESPUÉS dice ante el Congreso peruano: "Los soldados libertadores que han venido desde la Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco, no volverán á su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales y llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre al Perú, ó todos morirán: Señor, yo lo prometo".

ENCAMINA, en efecto, las indomables huestes del ejército unido; da un asombroso combate en el que, como en los antiguos tiempos, se lidia brazo á brazo; y desde los campos de Junín, sembrados con los mutilados restos de lo deshechos escuadrones españoles, exclama: “¡Peruanos! bien pronto visitaremos la cuna del imperio peruano y el templo del Sol. El Cuzco tendrá, en el primer día de su libertad, más gloria y más placer que bajo el dorado reino de los Incas”.

Y luego, todavía entre el estruendo de la victoria, y cuando ni aun se disipaba el humo de la pólvora quemada en la mayor de las batallas dadas en el mundo de Colón, dice: “La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos. ¡Soldados colombianos! Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo”.

DESPUÉS, dirigiéndose al Congreso constituyente de Bolivia, de esa República “que nació coronada con los laurelos de Ayacucho”, y lleva el nombre del héroe cual egida protectora, exclama: “Legisladores: la libertad de hoy más será indestructible en América. Véase la naturaleza salvaje de este continente, que expele por sí sola el orden monárquico: los desiertos convidan á la independencía”.

¡QUÉ grandiosidad de ideas y de expresión, Señores! Ya no resuenan los gritos de indignación ocasionados por la guerra á muerte, ni los enérgicos epítetos contra los exterminadores de su propia raza. Hoy habla Bolívar de enemigos dignos de medir sus armas con las huestes republicanas. Ya no se dirige á los trescientos bravos compañeros de Leonidas, sino al ejército unido de Colombia y el Perú. Ya no habla á nombre de la libertad que lucha, sino á nombre de la libertad triunfante é indestructiblemente asegurada.

Y después de asegurar así, indestructiblemente, la libertad americana, ya nada le quedaba por hacer á Bolívar sino volver á Colombia, "cubierto de laureles, pasando por arcos triunfales y llevando por trofeos los pendones de Castilla"; no á exclamar: *toda la América es mía, y en seguida morir de gloria y de omnipotencia*, como dice el señor Vicuña Mackena, sino á ver sus robustos miembros corroidos por el venenoso diente de la envidia, y á saborear á grandes tragos la amarga hiel de la ingratitud. Oigamos, pues, al soldado orador, en esa época de tristes decepciones, y para ello saltamos los últimos seis años de su vida militar y política, siempre empleados en hacer respetar el glorioso nombre colombiano.

DISGUSTADO del poder, y minado ya, más que por las dolencias físicas, por el pesar de ver que

se desmoronaba la gran República por él fundada, se dirige al Congreso constituyente de 1830, y le dice: "Libradme, os ruego, del baldón que me espera si continúo ocupando un destino que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición. Creédme: un nuevo Magistrado es indispensable para la República. El pueblo quiere saber si dejaré alguna vez de mandarlo. Los Estados americanos me consideran con cierta inquietud que puede atraer algún día á Colombia males semejantes á los de la guerra del Perú. En Europa misma no faltan quienes teman que yo desacredite con mi conducta la hermosa causa de la libertad. ¡Ah! cuántas conspiraciones y guerras no hemos sufrido, por haberse atentado á mi autoridad y á mi persona! Estos golpes han hecho padecer á los pueblos, cuyos sacrificios se habrían ahorrado, sí, desde el principio, los legisladores de Colombia no me hubiesen forzado á sobrellevar una carga que me ha abrumado más que la guerra y todos sus azotes.—Mostraos, conciudadanos, dignos de representar un pueblo libre, alejando toda idea que me suponga necesario para la República. Si un hombre fuese necesario para sostener el Estado, este Estado no debería existir, y al fin no existiría."

Y luego, dirigiendo á los pueblos su proclama de despedida, les dice: "Colombianos: hoy he dejado de mandaros..... Temiendo que se me considere como un obstáculo para asentar la República sobre la verdadera base de su felicidad, yo

mismo me he precipitado de la alta Magistratura á que vuestra bondad me había elevado..... Compatriotas; escuchad mi última voz al terminar mi carrera política; á nombre de Colombia os pido, os ruego, que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos."

Y estas no fueron palabras vanas; pues el Libertador de cinco naciones se separó, en efecto, de la vida pública; y por habersele cerrado las puertas de su hogar, quedóse de mero huésped de Colombia.

PERO las valiosas prendas que el Padre de la patria daba no fueron bastantes á impedir que el Congreso constituyente de Valencia declarase al de Bogotá, que la patria del héroe no entraría en relaciones con la Nueva-Granada mientras permaneciese Bolívar en territorio colombiano; y tampoco estorvaron que los gobernantes de Colombia lacerasen el corazón del egregio patricio, trasmitiéndole, fríamente y sin comentario alguno, cual lúgubre desalucio de hospitalidad, lo que, á nombre del nobilísimo pueblo de Venezuela, exigían los pretendidos intérpretes de su voluntad soberana.

Y mientras allá en el norte de la República, se acibaraban así los últimos momentos del nuevo Aristides, acá en el Ecuador se le daban á cada instante reiteradas pruebas de extraordinaria adhe-

sión. Y así, en la florida vega del Guayas, un veterano de Pichincha y Bomboná, en un movimiento de patriótica indignación ocasionada por las ultrajantes sospechas contra el grande hombre, que sin descanso se estampaban en los papeles públicos de Venezuela, abríase las venas; y mezclando con el vino del festín el rojo licor de la vida, incitaba á sus camaradas á que lo apurasen, como elocuente señal de que la sangre de los bravos de Colombia había de estar siempre á merced de su Libertador [histórico.]

Y mientras acá en América, tales sospechas desgarraban las fibras más delicadas del alma del ilustre patricio, desde las márgenes del Sena el ilustre Lafayette le decía: "No, mi querido General; yo no consentiré en deprimir el grande nombre de Bolívar, y en decender yo mismo hasta el punto de imputaros los descos de una ambición vulgar. La corona fué para Napoleón una degradación, así como su segundo matrimonio fué una alianza inferior; no conoció cuánto le elevaba sobre los tronos de Europa una magistratura popular, viniendo á estrellar frente á una mezquina monomanía de poder los dones del carácter, del espíritu, del talento y la más bella probabilidad de una situación extraordinaria. Faltábale el entusiasmo abnegado que pide la causa de la humanidad, y que os mantendrá á Vos, en un emisferio esencialmente republicano, á la altura del título de Libertador, tan justamente discernido á vuestros nobles esfuerzos y á

vuestros gloriosos resultados”.

OIGAMOS ahora, como remate de este imperfecto trabajo, los últimos acentos del héroe, recogidos con religiosa veneración, en una apartada playa, por un reducido círculo de fieles camaradas.

YA con el pié al borde de la huesa, tiene Bolívar siempre los ojos fijos en los desgarrados giros de su querida Colombia; y entre el estertor de la agonía, y después de recibir los últimos consuelos de la religión, exclama: “¡Colombianos! habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde antes reynaba la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí de que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad, y hollaron lo que me es más sagrado: mi reputación y mi amor á la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido á las puertas del sepulcro. Yo los perdono. Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro á otra gloria que á la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual Gobierno, para libertarse de la anarquía; los Ministros del Santuario dirigiendo sus oraciones al Cielo; y los militares empleando la espada en defender las garantías sociales.—¡Colombianos! mis úl-

timos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

Y luego, con voz casi apagada ya, ordena á uno de sus ayudantes que escriba una sentida carta al General Briceño, exhortándole se reconcilie con el General Urdaneta, á fin de que, “poniéndose todos en torno del Gobierno, y haciendo el sacrificio de sofocar cualquier resentimiento personal, puedan salvar á Colombia de los horrores de la anarquía”.

Así, los últimos acentos de Bolívar fueron una proclama á los colombianos, exhortándoles á la unión, y una súplica á sus camaradas en heroísmo para que todos se pusiesen en torno del pabellón tricolor. No podía terminar más noblemente su carrera el egregio patricio. Dignísimo fin de semejante orador.

He dicho.

Julia Castro

Centenario
de Bolívar.

SONETOS.

Dedicados

Al Señor Dr. D. José Modesto Espinosa,
Secretario de Estado del Gobierno Provisional. (1)

I.

América y Bolívar.

*Himnos no canta América este día
á un crudo engendro de la horrenda guerra,
en quien no tiene qué admirar la tierra,
sino la ira de Dios, que se lo envía.*

Sea en buena hora pasmo y asfania
de un mundo siervo aquel que al oído atierra
con su ambición, hasta que el Cielo atierra
en él de otro Luxbel la alta osadía:

Que la América libre es templo inmenso,
que sólo á el alma Libertad endiosa,
purgada el ara de servil incienso.

Flor de la ardiente llama esplendorosa
perfume olea, de loores denso,
al mayor hijo de la activa Diosa.

 II.

La tumba de Bolívar,
en la solemnidad del Centenario.

De laureos coronadas y de oliva,
de una tumba al redor cinco Mustronas
cubren el frío mármol de coronas,
y en la urna vierten lágrimas votivas;

Y tú, Isis de paz, arrancas vivas
de esa tumba tus gajos siete zonas,
te encumbrias, y salvando el Amazonas,
en el remoto Potosí restitías.

Sellada por cien años enmudece
la tumba; pero el aire centellea,
y con elangor de trompas se estremece.

El suelo sangra el Cordobí y el suelo otea;
mas sobre el sol el Héroe resplandece,
y mirando la pompa se recrea.

III.

América y España.

Bolívar, tú que en mil gloriosas lides
romper supiste del león de España
la ira y poder, con más ilustre hazaña
que hizo en el león Jemco Alcides;

Hoy que sereno con tus pasos mides
 el prado Elísio, que, la horrible saña
 depuesta, habitas en feliz compañía
 con las ibéricas almas de los Cides;

Mira aquí las naciones que formaste
 con España gozar la paz sagrada,
 que tú allá con sus hijos asentaste:

Que esta materna y filial lazada
 que las uno, romper tú no intentaste,
 y estado habría á prueba de tu espada.

Julio Baldumbide

(1) DEDICATORIA.

Considera despacio, querido amigo y compañero, esos sonetos que te envíó, hechos casi de improviso por la premura del tiempo.

Si Horacio á uno de los Pisones decía:

“Si quid tamen olim

Scripseris, in Metii descendat iudicis aures ...

yo siempre que escribo versos para la luz pública me aprovecho del consejo del gran maestro latino, y eres tú mi Mecio; porque en tí reconozco juntamente un juez del todo idóneo, y un amigo no sólo mío, sino también, y aun más, de la verdad.

Al componer esos sonetos, lo confieso, puse la mira en un blanco demasiado alto para mis alcances, quiero decir, en la misma perfección de este género de poesía:—segura y desahogada ejecución, nobleza y majestad de imágenes, lozanía en las ideas, novedad en la invención, propias y necesarias palabras, y en fin aquel ir desde el principio con libertad y brío á terminar en una idea principal, como edificio que viene á descansar en ancha y sólida basa. ¿Quién al escribir en cualquier género de poesía no tiende á la perfección de que tal género es capaz?... Otro punto quise también alcanzar como principalísimo objeto, y fué la alabanza suma de Bolívar sin mengua del respeto debido á nuestra madre España, cuyos respetables oídos herirá talvez el coro de voces que va á resonar en América, por ocasión del augusto Centenario de su gran Varón repúblico y glorioso Capitán.

Ahora tú, caro Aristarco, pesa esos sonetos en la fiel balanza de tu criterio, observa su compostura, aplícales la escuadra y la plomada, toma la medida de sus ideas, criba sus palabras, y vuélvelos á mirar de cerca y de lejos, no sea que encierren dentro de sí algo más de lo que á primera vista parece. Yo desde ahora me rio del chasco que vamos á llevar, tú en procurar hallar en ellos cosa que no contienen, y yo en haber sido Icaro en la empresa de hacerlos.

No hay miedo que vayas á tomar mis burlas por veras, pues me conoces del todo desconfiado de mí, y sabes además que yo sé bien que aun los más claros poetas españoles, co-

mo Herrera, Rioja, Arguijo, los Argensolas, Lope, Góngora, Quevedo y Moratín (hijo), si hicieron sonetos famosos, que son joyas de la corona poética de España, en tanto son tenidos los más de ellos, no porque en sí contengan juntas todas las perfecciones del género, sino porque alcanzaron algunas de ellas. ¿Y quién soy yo para presumir de haber puesto mis sonetos en más alto punto que pusieron los suyos aquellos insignes poetas? Si los míos son siquiera agradables de leer por algún respecto, habré alcanzado cuanto de haber alcanzado desconfío.

Si salen aprobados de tu examen, á tí te los dedico; aunque hasta ahora no comprendo qué dán los poetas cuando dedican versos fugitivos, y qué reciben las personas á quienes van dedicados; pero ello es moda, y por ella será absuelto tu amigo y compañero

JULIO ZALDUMBIDE.

RESPUESTA.

Con mucho gusto he leído, querido Julio, los tres sonetos redondos que has compuesto para el Centenario de Bolívar. Redondos digo, aunque no sé si tolerarás el vocablo, con el cual trato de significar la noble acentuación, por todos lados igual, de tan bellas composiciones: alteza en la concepción, digna del Héroe; vigor y desembarazo en el desenvolvimiento de las ideas y en la expresión de las imágenes; esmerada limpieza en la poética dicción castellana; gallardía en el movimiento hasta tocar en el punto culminante á que había de llegar la inspiración: sangre pura por todos cuatro costados. He aquí lo que quise decir cuando llamé *redondos* á los tres hermosos hijos que tu Musa ha dado á luz, para honrar la memoria del egregio Caudillo en la campaña de la emancipación de Colombia la grande, y del Perú y Bolivia.

No te ha de envanecer, por cierto, este concepto mío; pues conoces la inseguridad con que se pesan los primores del arte en la débil balanza de mi criterio, y sabes cuán

temblosa y desatinada va siempre mi mano en la aplicación de la plomada y la escuadra, á los edificios que el ingenio levanta para adorno del Parnaso. Pero, si conociendo lo uno y sabiendo lo otro, has deseado mi juicio sobre las tres joyas que vas á ofrecer en tributo á Simón Bolívar, tiéneslo ya, sin que me haya sido menester diligencia ninguna para formarlo. No la pide bruñido el diamante para la percepción de su brillo; y si yo veo en los tuyos un resplandor que otra vista no perciba, no me resignaré á reputarlo por alucinación de mis ojos, por ocasionada que á ella sea la atmósfera de gratísima amistad en que tú y yo respiramos desde nuestra remota infancia.

Dirás, por ventura, que este juicio mío de tus sonetos es uno de los mil modos de pedir que se estilan en el mundo, por cuanto me ofreces que me serán dedicados, si salen aprobados de mi examen. Dí lo que quieras, y vengan los sonetos. ¿No comprendes hasta ahora "qué dan los poetas en los versos que dedican, y qué reciben las personas á quienes van dedicados"?—Aquéllos dan y éstos reciben perlas; y dado que no mereciesen tal apellido los versos, en ellos se da y se recibe testimonio de simpatía y benevolencia, perlas que se cuajan en el océano del corazón.

Vengan, Julio, los sonetos; y no pidas absolución á la moda. Si con dedicármelos pecas, absuelto estás de antemano; primero, por mi gratitud; y segundo, tal vez por mi vanidad, que se sentirá satisfecha al ver con tales lazos unido al tuyo mi pobre nombre.

J. MODESTO ESPINOSA,